

bres. Es una joven á quien amo con el más puro y profundo amor. Os deberé más que la vida.

»ANDRÉS DE FRESNAYE.»

Jamás se acudió en vano al corazón del doctor Anger.

Respondió á aquella súplica presentándose en seguida.

Al ver á la herida movió la cabeza en señal de duda.

—Esto es muy grave—dijo.

A las doce y media de la noche, cuando montaba en su coche para volver á su casa, le preguntó Andrés con una mirada llena de ansiedad:

—Hay que tener mucho cuidado; velad y haced lo que os he dicho,—respondió el célebre cirujano á aquella muda interrogación.

—¡Decidme que la salvareis!

—Lo intentaremos.

—¿Puede esperarse algo?

—Sí.

Recostado en uno de los rincones de su coche, que bajaba al trote largo de un hermoso caballo, por la calle de Monsieur-le-Prince, para entrar en el boulevard San German, atravesar por el Sena y entrar en la calle Penthievre, en donde tenía su hotel, el excelente señor se decía para sí:

—Tal vez la salvemos; pero en verdad que no se disputará jamás á la muerte nada más encantador ni más digno de vivir.

XX

En gabinete particular.

Urbano Salvador no había faltado á la cita. El Brasileño era experto en materia de placeres y de belleza.

Desde que había recibido la carta, se repetía lo que había dicho la noche del *Fausto*:

—¡Qué deliciosa querida hará!

En el momento en que Colette, con la elegancia que daba que pensar al abuelo Gombault, llegaba al muelle Malaquais, vió el cupé del Brasileño parado cerca de la acera.

Era un tren de primer orden, de un aspecto y de un primor extremados.

Urbano hacia las cosas con magnificencia.

El ligero carruaje estaba tirado por dos alazanes soberbios que piñaban de impaciencia y llenaban de espuma el bocado.

Un *groom*, colocado al lado del cochero, saltó á tierra, abrió la portezuela y volvió á colocarse en su puesto con la agilidad de un mono.

El carruaje partió al trote en dirección al muelle de Orsay.

Colette estaba sentada en un almohadon de satin, al lado de Urbano.

Su rostro ofrecía una expresión de contrariedad.

Sin embargo, Urbano Salvador, tenía á los ojos de Colette el mérito de no ser un extraño. Se conocían hacia mucho tiempo.

Urbano, que había visto á las dos hermanas muy jóvenes, cuando él era ya un hombre hecho, tenía algo, para con las dos hermanas, del carácter de un tío ó de un pariente lejano.

En Colette no borraban completamente la alegría y la inclinación á la burla las impresiones más angustiosas.

—¿Adónde vamos por aquí?—preguntó, mientras que el Brasileño se apoderaba de su manos finamente enguantadas y las cubría de besos.

—¿No teneis apetito?

—No.

—Daremos un paseo de una hora por el Bosque. Además, es muy ridiculo comer tan temprano.

—No hubiera creído jamás que el mundo fuese como lo he visto. El mundo está mal arreglado ¿no es verdad?—dijo Colette como hablando consigo misma.

—Si.

—¡Pero solo para los pobres!—añadió ella con ironía.—¿Vos lo encontrareis bien?

—¡Sobre todo esta noche!—dijo Salvador, dirigiéndola una ardiente mirada.

—No me mireis con esos ojos—dijo Colette.—Me dan miedo.

—¿De veras?

—Parecen carbones encendidos en el fuego del infierno.

—Es que os amo, Colette, os amo con ardor.

—¿Por cuanto tiempo?

—Por el que queráis.

—Yo—dijo poniéndose algo pensativa—hubiera querido no amar más que á un hombre y amarle siempre.

—Esos son buenos sentimientos, pero el mundo ha cambiado. Ya no estamos en los tiempos de Filimon y Baucis.

Urbano se lanzó en las declaraciones ordinarias de los galanteadores.

¿Podía pensar en otra cosa al lado de Colette?

¿No era ella la embriaguez y el delirio?

Colette le detuvo.

—¿En dónde estamos?—preguntó por decir algo y retrasar el momento de las confianzas y de los atrevimientos.

—Ya lo veis.

El carruaje del Brasileño pasaba por el Arco de Triunfo.

No podía haber duda.

—¡Ah! Es verdad. ¿Dónde tengo la cabeza?—dijo Colette.

Lanzó un prolongado suspiro.

Su pecho se enchía de tal modo, que parecía que iba á estallar el cuerpo del vestido.

Urbano rebosaba satisfacción.

No insistió y la dejó que se entregara á sus pensamientos, contentándose con estrechar entre las suyas una mano de Colette.

No tenía prisa. Tenía toda la noche á su disposición.

La verdad era que Colette estaba realmente deliciosa.

La ardiente mirada de Urbano, se paseaba de los negros cabellos, naturalmente ondeados de la joven, á su frente mate, á sus ojos de largas cejas, á su nariz bien formada y á sus sanguíneos labios, en los cuales la risa, franca y sonora sentaba tan bien.

Y más abajo de su flexible cuello á su pecho, muy desarrollado y á su talle, que hubiera podido aprisionar entre sus manos.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Salvador se inclinó sobre la capotita encarnada de Colette, besó un perfumado mechón de sus cabellos y preguntó con acariciadora voz.

—¿En dónde quieres comer?

—Decid: en donde quereis—rectificó Colette, pero con acento suave como si suplicara.

—¿Lo quereis así?

—Me agrada más.

—¡Caprichosa! ¿En donde quereis comer?

—En donde querais. No tengo costumbre, no conozco estos sitios, que vos debéis frecuentar mucho.

El día desaparecía poco y poco.

El coche corría por entre dos murallas de verdor, cuyo fresco no habia alterado la canícula.

Salvador rodeó con sus brazos el talle de Colette y quiso daría un beso.

La jóven se desprendió sin esfuerzo.

El cupé daba vuelta, al paso, alrededor de un lago pequeño en el cual se paseaba una legión de patos y del que salía un ligero y blanquecino vapor.

En el bosque no se veía más que alguna que otra persona.

—Si fuéramos á comer—dijo Colette por escapar de aquella soledad en que se internaban cada vez más.

—¿A dónde?

—Elegid.

—¿Iremos al pabellon Armenonville?

—¿Habrá allí gente?—preguntó Colette asustada.

—Con seguridad, y mucha.

—¿Pues vamos allí!

Urbano dió órdenes al cochero; el coche partió al trote largo y muy pronto, después de haber recorrido algunos paseos sombríos, llegó ante una especie de chalet muy concurrido y en donde reinaba la mayor animación.

Una orquesta de *tziganos* con sus trajes húngaros tocaba valeses y *czardas*, bajo un improvisado cobertizo, con la viveza que les caracteriza y les hace tan atractivos.

El Brasileño era muy conocido en aquel establecimiento.

Cuando bajó del cupé, el dueño del chalet se precipitó á su encuentro.

—Augusto—le dijo Urbano,—¿teneis algun cuarto desocupado?

—Si no lo hubiera se inventaría,—respondió el dueño.—¿Tenemos el salon rojo!

—Bueno.

—Está pedido, pero si llegan los que lo han comprometido, ya nos arreglaremos.

Salvador no tenia necesidad de que le guiaran al salon rojo. Lo conocia desde hacia mucho tiempo.

En el patio, examinó Colette con curiosidad aquel espectáculo nuevo para ella que se ofrecía á sus ojos.

En las ventanas se veian mujeres con llamativos trajes, resplandecientes de diamantes y de alhajas.

Muchos carruajes, con sus faroles encendidos, estaban estacionados en las avenidas vecinas. Se oian por todas partes carcajadas, que ahogaban el ruido producido por el choque de los vasos, el movimiento de los platos y las botellas al descorcharse. Y las alegres conversaciones, el encantador ritmo del *Danubio azul*, ó el de la marcha de *Ra-Koczy*, que le sucedia, producian una especie de apasionada animación que convidaba al placer.

Salvador arrastró, por decirlo así, á Colette consigo.

—¿Que halagüeño es esto!—dijo Urbano.

—¿Cual?

—El murmullo de admiración que se ha producido al verte.

—¿Lo habeis notado?

—Sí, ¿y tú?

—Yo tambien—dijo Colette;—esas gentes de todo se admiran.

Salvador la quitaba la capota.

Colette, quitándose el abrigo, apareció en toda su juventud y su hermosura á los ojos de Urbano.

—¡Ideái!—dijo éste retrocediendo dos pasos para admirarla más á su sabor.—¿Cuántos envidiosos voy á tener!

Colette no le escuchaba. Examinaba aquel singular sitio en que se encontraba.

Era estrecho y muy íntimo, y á sus ojos mucho más.

Colette hizo una observacion. La ventana estaba abierta. Esto la tranquilizó.

Dos cubiertos sobre una mesa redonda, bajo una bonita araña de bronce, dos sillas, un ancho divan de seda encarnada, bastante deteriorado, y grandes cortinones de damasco.

Esto era todo.

En el espejo leyó cifras entrelazadas, nombres grabados con los diamantes de las sortijas: Octavio y Marieta; Angela y Gontran; Guys y Matildes, Enriques, Luisas, Dianas, Teresas, todo un calendario de las gentes galantes de Paris.

Salvador pidió la comida.

Cuando hubo dado sus órdenes, fué al espejo y recorrió aquel martirologio profano.

—No hay ninguna Colette—observó.

Y se dispuso á escribir.

La hija del pescador le detuvo.

—No quiero figurar ahí—le dijo.

Urbano se contentó con reír, y cogiéndola la mano, la dijo:

—Mañana podrás grabarlo tu misma, tendrás brillantes en tus orejas y diamantes en tus dedos.

Calculó el efecto de lo que acababa de decir.

En aquella cálida atmósfera, impregnada de tan variados perfumes; en aquellos sitios en donde el ejemplo de las demás podía ser un poderoso atractivo, contaba además con la embriaguez, que debía aturdira y acabar su derrota, quitándole hasta el sentimiento de la falta.

Era preciso dar tiempo para que se produjera aquella embriaguez.

Urbano no hablaba ya de su amor á Colette. La dejaba recobrar toda su confianza en si misma y sólo se mostraba solícito y atento para procurarla una de esas noches que nunca se borran de la imaginacion.

La hizo á grandes rasgos la descripción de

los que solian concurrir al sitio en donde estaban.

De cuando en cuando, servia á Colette un poco de vino de España ó de Borgoña, en el que esta humedecía sus labios.

Después tocó el turno al Champagne, que estaba metido entre el hielo en un cubo de plata.

Salvador llenó el vaso de Colette.

—¿Quereis embriagarme?—le dijo ésta.

Pero ya se le iba la cabeza.

Aquel espectáculo tan nuevo para ella, tan aturdidor, aquella música, cuyas vibraciones conmovian sus nervios; aquel ruido incesante de coches que llegaban ó que partian, y hasta las sofocadas risas de los gabinetes vecinos, la sumergian en ese letargo que es el principio de la embriaguez.

Los criados se habían eclipsado.

Salvador fué á cerrar la ventana y atrajo á Colette hacia el divan.

Entonces trató de dormir tambien su razon con ayuda de estas frases, tan viejas como el mundo y tan potentes sobre un espíritu turbado:

—¿Es un crimen amar? ¡Los manantiales corren para apagar en ellos la sed, las frutas maduran para que se las coja, las flores crecen para que respiremos sus perfumes, y las mujeres para que se las ame!

Colette tenía la cabeza muy pesada. La voz de Salvador le mecía como el canto de una nodriza. No comprendía bien el sentido de aquellas frases; pero veía sus chispeantes ojos inflamados que la envolvian en sus osadas miradas.

Colette, medio recostada en el divan, estaba verdaderamente irresistible.

Llegaba para Salvador el momento deseado.

Se inclinó sobre su victima.

Colette le dirigió una mirada suplicante, entendiendo al mismo tiempo el brazo como para alejarle.

Pero trastornado por aquella encantadora

cabeza, por aquellas jóvenes y escelentes formas que se ofrecían á su vista, la desató el cabello, cuyo perfume acabó de embriagarle.

Y Colette sintió que la rodeaba el talle un nervioso brazo y que unos labios buscaban los suyos.

Intentó incorporarse.

En aquel momento una voz de mujer, ronca por las orgias, se hizo oír en el gabinete inmediato.

Entonaba una innoble cancion, que entonces estaba muy en boga en los cafés-cantantes de las afueras de Paris.

Colette hizo un enérgico esfuerzo y se desprendió de los brazos de Urbano.

Un violento sonrojo invadió su rostro.

Sus ojos espresaron una especie de cólera y de disgusto.

—¡Oh, ¡no—exclamó.

Y desprendiéndose completamente del Brasileño, con un vigor de loca, corrió hácia la ventana y la abrió.

Salvador estaba furioso, pero se contuvo.

—Sois extravagante, querida—la dijo—y me llenaríais de ridículo si esta escena tuviera testigos.

Colette se acercó á Salvador y cogiéndole las manos le dijo:

—¡No me habeis dicho que me amais?

—Sí, y os lo repito.

—¡Pues probádmelo!

—¿Cómo?

—Dejándome partir.

—¿Y despues?—dijo con ironía Salvador.

—¿Despues? Si me quereis...

—¡Si os quiero!—exclamó el Brasileño.

—¡A fe de joven honrada—es singular lo que digo—os juro ser vuestra!

—¿Cuando?

—Mañana.

—¿En dónde?

—En vuestra casa si quereis.

—¿Me lo prometeis?

—¿No os lo he dicho ya? Bajo palabra de joven honrada.

—¡Sea, pues! Pero qué papel tan tonto me habes desempeñar.

Colette se abrochó con prontitud, delante del espejo, se arregló precipitadamente el pelo, se puso su capota, se envolvió en su abrigo y se dispuso á salir de aquel gabinete maldito.

Salvador llamó.

—La cuenta—dijo.

—No me acompañeis, iré sola—le dijo Colette.

Y con una sonrisa en que pedia perdon:

—Debo pareceros muy insensata, ¿no es verdad?—añadió.

—¡Un poco!

—¿Qué quereis? Esto es más fuerte que yo; no puedo. ¡Pero os amaré por este sacrificio! Os lo prometo.

Con tanto abandono y tanto encanto, no habia medio de incomodarse.

Salvador suspiró.

Pagó la cuenta y bajó á Colette del brazo.

La acompañó hasta un coche de punto y se volvió al pabellon.

Colette iba confusa por la abyeccion en que caia, pero casi decidida á rendirse á Urbano por su complacencia.

El coche se dirigió á buen paso hacia Paris.

Colette pensaba en que iba á encontrar su casa y se alegraba.

Allí al menos se pertenecía y podia respirar con libertad.

A las once y media se detuvo el coche en la esquina de la calle Bonaparte.

Colette se apeó y corrió á su casa.

Al pasar por delante de la portería, entró.

—¿Está en casa mi hermana?—dijo.

El abuelo Gambault dijo que no con la cabeza, añadiendo despues.

—No, señorita Colette.

—¿Cómo? ¿No ha venido?

—Aun no... ¡Yo creia que estaba con vos!

Colette se creyó casi feliz por aquella ausencia.

No tenía que sufrir ningún interrogatorio y no necesitaba mentir, cosa que la repugnaba.

—Esta bien—dijo—Juana debe estar en el teatro con alguna amiga. No la digais que he venido tan tarde.

—Puesto que así lo deseais...

—Buenas noches abuelo Gambault.

—Buenas noches, señorita.

XXI

Sala número 1.

Colette al entrar en su habitación se arrojó en una silla y con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, repasó los acontecimientos de su existencia entregada á tantos caprichos y azares.

Barfleur con la casita, en la cual su madre componía las redes que se secaban al sol; la Tumba de las Langostas, á donde iban á vender lo que había pescado Aubin; los Cloquard y Genoveva, quienes les acogían tan bien.

Habían seguido, casi uno tras de otro, dos féretros, el de su padre y el de su madre, á quienes amaban tanto.

Un aldeano les había echado de su quinta, Roguet, su tío; no había olvidado esto.

¿Qué sería de él?

¡Si al menos la hubiera quedado aquel apoyol!

¿Qué felicidad para ellas!

¡Cuán felices hubieran sido en aquel tranquilo retiro.

Colette suspiraba pensando en la granja, en los dorados frutos, en el lagar lleno de uva, en

los establos llenos de vacas, que satisfacían su apetito con heno y verde trebol.

Y la pequeña iglesia de Landemer con su puntiagudo campanario, alrededor del cual revoloteaban las gaviotas, cuando sonaban las campanas.

¡Qué diferencia entre aquella paz y la triste vida que ella llevaba!

Había sido preciso marchar, sin embargo.

Las dos habían sido trasportadas como por un golpe de varita mágica á un país lejano cuya existencia, en su ignorancia de niñas, ni aun sospechaban.

En aquel país había una vegetación desconocida, un calor tórrido, frutas, árboles y pájaros que no se parecían á los que ellas habían visto hasta entonces.

Allí estuvieron rodeadas de gentes desconocidas. Se estrechaban la una contra la otra, como contra el único sosten que poseían y con el que podían contar.

Entonces temblaban casi ante aquella mujer, á quien era preciso obedecer sin murmurar, y cuyo apoyo echaban ahora tanto de menos.

Un día habían arreglado el equipaje: las criadas habían cubierto con funda y amontonado en medio del salón, los muebles de la casa de Río.

Se embarcaron de nuevo para atravesar el Atlántico, pero aquella vez fué para volver á Francia.

Allí se habían encontrado en un parque, triste como un cementerio, pero grandioso. Trabajaban en silencio, llevando una vida metódica, como la de las pensionistas de un convento, separadas del mundo y desconociéndolo lo mismo que si su juventud se hubiera deslizado en una isla desierta.

Apenas si salían de Montiers por casualidad una ó dos veces al año para ir á Paris, severamente guardadas por sus institutrices, inquietas, como si algún presentimiento las hubiera advertido que su existencia entraría un día en

una nueva fase y que súbitamente serían lanzadas en aquel torbellino que entreveían y cuyo ruido no oían más que de lejos.

Había llegado aquel día.

Se veían lanzadas en una mezcla de gentes desconocidas para ellas, y les parecía que la tranquilidad de que habían disfrutado en el castillo triste y solemne de que salían, no había tenido más que un propósito: el de hacerlas más crueles la incertidumbre y las adversidades de su vida presente.

¡Y este sería su porvenir!

¡Merecía la pena de vivir si así era? Vivir para servir de juguete á los demás, para ser traqueteadas como una miserable barca de un pescador y concluir por destrozarse á la orilla ó ir á pique. ¡Bonito porvenir!

Pensaba con disgusto en la escena del pabellón de Armenonville.

Desde lejos, Urbano Salvador le causaba el efecto de un ave de rapiña que se cierne sobre un bando de perdices concluyendo por devorarlas.

Con su cara tostada por el sol de los trópicos y aquellos ojos en que brillaba el rayo, le parecía horrible. ¡Y sin embargo, había estado á punto de entregarse á él!

¡Le había concedido una cita con este fin! ¡El trato estaba hecho, la palabra estaba dada! Preciso era confesarlo. ¡Qué abyección! Venderse friamente, sin amor, para salvarse de la miseria; ¿era posible esto? ¡La necesidad la obligaba! ¡O la sería preciso comenzar de nuevo las correrías en busca de una colocación quimérica, solicitar al azar con la perspectiva de recibir mil desaires y las contestaciones irónicas que con frecuencia había recibido!

Y de cuando en cuando miraba por entre los espesos árboles las fachadas de las casas del otro lado del jardín, en las cuales brillaban aun acá y allá las lámparas de alguna habitación de estudiantes encorbados sobre los libros.

¡Y donde estaría Juana que no venía!

En el teatro sin duda.
Era tambien para estos establecimientos la estacion mu erta, el verano, la estacion en que se reparten billetes de favor.

Habian dado las doce.

Juana iba á llegar.

Colette vió que en la confusion de sus ideas se habia olvidado de desnudarse.

Estaba con su traje de seda todo arrugado, como lo habia dejado Salvador; se lo quitó y lo guardó, temiendo ser sorprendida por su hermana, y se quedó medio desnuda con su corsé de satin blanco, ligera falda de seda encarnada y una camisa muy fina con encajes.

Se sonrió con amargura.

¡Toilette de joven rica, en una habitacion de obrera sin recursos!

Era bella. Se lo repetian con frecuencia y se veia obligada á reconocerlo, ella que pensaba tan poco en eso y que no tenia vanidad por aquella belleza nefasta y peligrosa, puesto que hacia que no la admitieran en ninguna parte y la cerraba todas las puertas.

Más bien estaba tentada á maldecirla.

Y cada vez se le hacia más apremiante el recuerdo de su hermana, y su intranquilidad era mayor.

Habian salido del teatro hacia mucho tiempo. Puso el reloj sobre la mesa y contó los minutos.

¡Iba á ser la una!

No pudo contenerse, se envolvió en un peñador y bajó.

La portería estaba á oscuras.

Llamó primero despacio, despues más fuerte.

El portero dormia profundamente el primer sueño; pero al ruido se despertó.

—¿Qué ocurre?—gritó.

—¿Quisiera hablaros.

—¿Quién sois?

—Colette.

—Entrad.

—¡Mi hermana no ha venido aún!

—No os inquieteis.

—No puedo estar tranquila. ¿No os dijo nada?

—Nada.

—¡Es extraño!

A la luz de la bujía que habia traído, sorprendió un gesto de duda en la cara del portero.

—¡Jóvenes que á tales horas no están en su casa!...

Y con viveza dijo Colette:

—Vais á sospechar mal, abuelo Gombault, y eso es natural; pero os juro que no teneis razon.

—¿Qué imagináis vos?

—Una desgracia.

—¿Qué desgracia! ¿Quereis un consejo?

—Si.

—Id á dormir, hija mia. Y como se suele decir, ¡mañana será otro dia, y veremos!

Colette se quedó en la portería inmóvil, tan trastornada, que el viejo jardinero tuvo compasion y la dijo con cariño:

—Os alarmáis sin razon. Puede estar en casa de algunas de sus amigas en alguna broma.

—No, me lo hubiera advertido.

El abuelo Gombault intentó en vano tranquilizarla.

Colette volvió á subir por fin á su habitacion y pasó una noche horrible.

Entonces fué cuando comprendió los estrechos lazos que la unian á aquella hermana de afecto, el único ser en el mundo cuyo corazon latia al compás del suyo.

Esperaba el dia con mortales ansiedades. Cuando este llegó, acababa de dormirse vencida por la fatiga y las emociones de aquella noche terrible.

A las ocho entró el abuelo Gombault en su habitacion.

Ella, en su turbacion, habia dejado la llave puesta.

La encontró con la cabeza apoyada en los brazos y la frente sobre la mesa, sumergida en un sueño turbado por pesadillas.

Tenia el abrigo sobre los hombros, los que

tenia mal cubiertos, y sus cabellos caian sobre su nuca, de una admirable pureza de lineas.

El buen hombre se quedó parado.

Lo que tenia que decirle era horrible.

Sin embargo se decidió.

Con su arrugada mano la tocó en el hombro.

—Señorita Colette—la dijo:

—¡Eh!—dijo ella despertando sobresaltada.

—Es preciso que os vistais y vengais conmigo.

—¿A dónde?

—A ver á vuestra hermana.

—¿En dónde está?

—Voy á acompañaros—dijo el jardinero con aire triste.

Colette se habia levantado, y mirando al abuelo Gombault con mirada estraviada, le dijo:

—Os decía que ocurriría alguna desgracia. Ha ocurrido, ¿no es verdad?

—Sí.

Colette lanzó un grito como el que Magdalena Aubin habia lanzado al ver la barca del pescador en el puerto de Barfleur.

—¡Ah!—dijo;—¡está muerta!

—No.

—¿Herida?

—Sí.

—Vamos—repuso poniéndose un sombrero sobre sus cabellos, recogidos con mano febril y vistiéndose con precipitación un traje negro;—os sigo.

El abuelo Gombault acababa de recibir de Andrés de Fresnaye un aviso, en el que le decía lo que habia ocurrido.

Tomó un coche de punto y dió las señas al cochero.

Cuando Colette oyó estas palabras «Hospital Cochín», fué presa de un temblor nervioso.

El abuelo Gombault no podia darla ningun consuelo; él mismo estaba aterrado.

Las últimas palabras de la carta del interno eran desesperantes.

«¡Se muere! ¡Venid pronto!»

A las ocho y cuarto se detenía el coche á la puerta del hospital.

Se necesitaba un permiso especial para entrar en él.

El interno habia allanado todas las dificultades.

El portero tenia órdenes.

—¿Sois la señorita Aubin?—la preguntó.

—Sí, señor.

—Pasad. Sala núm. 1. En el fondo. Os acompañarán.

Gombault y la joven entraron en una sala grande, alumbrada por altas ventanas con pequeños cristales y con las paredes enca-ladas.

A los dos costados, á lo largo de las paredes, habia camas con cortinas de percalina blanca, formando filas.

Desde que se ponian los pies en aquella habitacion, se percibia ese olor del ácido fénico, que persiste aun cuando se ha abandonado aquel asilo del sufrimiento y que se lleva consigo en la ropa sin que ni el aire libre pueda disiparlo.

Todas las camas estaban ocupadas.

—Seguidme—les dijo una enfermera.

Al extremo de aquella sala habia una habitacion estrecha que se comunicaba con ella por un hueco sin puerta.

Allí estaba Juana, tendida sobre una cama de hierro, sin pabellon.

Desde aquel lecho se veia la larga fila de las demás, y las enfermas cuyas cabezas se volvian hacia los recién llegados.

Sabian que ocupaba aquella habitacion, en la cual estaba sola, una joven que habian traído por la noche mortalmente herida.

De cuando en cuando se oia en la sala algun gemido arrancado por el dolor y detrás de las corridas cortinas se percibia el estertor de los moribundos.

Colette estuvo á punto de ponerse enferma.

Pero el abuelo Gombault que la seguía, la alentaba.

—Animo—la decía.

De pronto Colette vió á Andrés de Fresnaye sentado á la cabecera del lecho, y se dirigió á él.

El interno lloraba.

Puso un dedo sobre sus labios y detuvo á la jóven con un gesto.

—¡Cuidado!—la dijo.

Juana, blanca como un sudario, con una camisa del hospital, de tela gruesa, reposaba con los ojos cerrados sobre la almohada que sostenía su cabeza.

Sus hermosos cabellos formaban una rubia aureola. Los descoloridos labios dejaban descubiertos sus blancos dientes, y el brazo derecho caía sobre la orilla de la cama.

Colette se arrodilló al lado del lecho y cogiendo la mano de su hermana la llevó á los labios.

Aquella mano estaba fría.

La pareció sin embargo que la había sentido estremecerse casi imperceptiblemente al sentir su beso.

Entonces se levantó y aproximando su rostro al de su hermana, la dijo:

—Juana.

Los ojos de Juana continuaron cerrados.

Su respiración era fatigosa.

—Juana—repetía Colette—soy yo, tu hermana. ¿Me oyes?

Los párpados de Juana se entreabrieron.

Miró á Colette con sus velados ojos y se dibujó una sonrisa celestial en sus labios.

Al mismo tiempo sintió Colette una ligera presión en la mano que la atría hacía sí.

Los labios de las dos hermanas se unieron y de las largas pestañas de la mayor cayeron ardorosas lágrimas sobre el rostro de la moribunda.

Las otras enfermas, para quienes en aquellos largos días de sufrimiento todo es un motivo

de distracción, atentas á aquella escena, se comunicaban de una cama á otra sus impresiones.

Colette oía las lúgubres palabras de una horrible vieja, cuya cabeza, con mechones grises pegados á las sienes, y de una delgadez extrema, ofrecía una odiosa expresión de maldad.

—Bien concluida está; ¡bah! no conseguirás nada.

La hermosa jóven está muerta.

Así se decía por allí, en efecto.

La noche había sido mala.

Andrés, asustado, sufriendo mil torturas, con el alma desgarrada por terribles ansiedades, no tenía valor para animar á los demás.

Permanecía allí desalentado, casi sin ideas, esperando los acontecimientos.

La ciencia no tenía más que hacer.

El doctor Anger, con su golpe de vista frío y penetrante, comprendía el peligro.

Había vuelto al amanecer. Había hecho él mismo la cura y ordenado lo que debía hacerse.

Sus prescripciones estaban cumplidas.

Había marchado meneando la cabeza.

A la naturaleza correspondía obrar. A la juventud de Juana, á la pureza de su sangre á sus fuerzas vivas, hacer un milagro y salvarla.

El célebre cirujano callaba. ¡No podía decir nada antes de dos ó tres días.

Andrés había escuchado esto con la actitud de un hombre herido por el rayo.

Aquello era casi una sentencia, sobre todo para él, cuyo amor centuplicaba las inquietudes.

El interno sufría todos los tormentos que puede sufrir un amante á quien la muerte va á arrebatarse el ser á quien ama.

¿Cómo hubiera podido consolar á los demás?

—Eso es imposible, ¿no es verdad?—le preguntó Colette al oír la horrible exclamación de la vieja.

—Yo espero....

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—No se sabe aún; Juana no ha podido pronunciar una palabra. La han dado dos cuchilladas.

—¿Cuándo?

—Ayer noche, á eso de las diez, cerca de aquí. El asesino huyó.

—Vos la salvareis, ¿no es verdad?

—Daria mi vida por ella—dijo Andrés.

Colette bajó la cabeza.

Al mediodía estaba sola con Andrés al lado de su hermana.

Una enfermera se presentó.

—No podeis permanecer aquí—dijo á la joven.

—¿Yo separarme de Juana!

—¿Es preciso!

—Os suplico que me permitais quedarme—repuso Colette uniendo las manos.

—No puede ser. Volvereis. Además, la menor emoci6n puede matarla. Es preciso que esté sola.

—¡Ah!—exclamó Colette—¡lo comprendo, no hay esperanza!

Andrés la estrechó las manos.

—Os enviaré noticias cuando haya algun cambio. Os llamaré. No tengais cuidado, yo no la abandonaré un segundo.

Colette se levantó.

¡Su hermana, su muy querida hermana, espirando en aquel lecho de miseria en medio de aquella podredumbre del hospital, esto la desgarraba el corazon! Aquel espectáculo de todos los sufrimientos y todas las pobrezaas reunidas, la causaban profundo horror.

Se inclinó sobre la frente de la herida.

—¡Adios, Juana mia, adios!—la dijo.

Al entrar en la calle Vizconti, la encontrarse frente al abuelo Gombault, se deshizo en lágrimas, y el portero la oyó repetir en medio de sus sollozos.

—No nos volveremos á ver.

A las dos salió de nuevo á pié, y siguiendo los muelles subió hácia los Campos Elíseos y la calle de Chaillot.

XXII.

Entre ladrones.

Bidoux era un hombre de palabra, que cumplia con puntualidad las promesas que se habia hecho á sí mismo.

Quería ser pagado y tenia razon.

Cuando se ha ganado *honradamente* un salario se le puede reclamar, ó no habria ya justicia.

Al día siguiente al de su conferencia con Justina, condujo á esta á la estacion de Compiègne y la hizo tomar el tren express que pasaba para Paris.

El coche del castillo de Montiers llegó á la estacion momentos ántes de la salida, y Bidoux, desde el pescante, vió á la doncella, á quien habia dado sus instrucciones, pasar al despacho de billetes y tomar el suyo y no la perdió de vista hasta que en marcha ya el tren, Justina le dijo adios con el pañuelo.

Justina estaba en camino para la conquista del Toison de Oro.

Bidoux se frotó las manos diciendo:

—Por fin va á marchar el asunto.

Puso en movimiento á los caballos y se fué á un hotel, en donde los colocó, y se dispuso á pasar el tiempo lo más cómodamente posible.